

### CAPÍTULO III La trampa de Soledad.

**A**unque no conocía en profundidad la peculiar personalidad de Soledad, me había hecho una idea de ella. La gente del trabajo hablaba a menudo de la relación que mantenía con Manuel; de su familia, y de los escándalos que había protagonizado en público, cuando se sentía menospreciada por el éxito profesional de su marido. Sus ideas y delirios de grandeza, le hacían vulnerable en mil ocasiones, y su falta de ocupación, le dejaban demasiado tiempo para inmiscuirse en los asuntos de su marido, haciéndolos voluntariamente suyos.

No tuve noticias de Manuel durante dos días, y nadie había vuelto al trabajo después de nuestra obligada pausa. La inquietud me reconcomía por dentro, y mi situación familiar era un poco anómala; todos fingíamos que nada había sucedido, pero la realidad nos superaba a cada instante.

Después de una semana de descanso laboral, un compañero de trabajo se puso en contacto conmigo, colaboraba en el mismo programa que yo, pero nunca había tenido necesidad de tratar con él. Su trabajo estaba al lado de Manuel, dirigía con él mano a mano el programa, pero no trataba directamente con los miembros del equipo. Su cometido era más bien burocrático, ajustaba las normas y directrices que los productores consideraban imprescindibles para seguir adelante con la emisión; por eso me sorprendió escuchar su voz dirigiéndose a mí. Su nombre era Adolfo Zambrano, gran amigo de Manuel y compañero de promoción, de su misma quinta y situación social. Habían estudiado juntos, y por azares de la vida, se habían vuelto a encontrar en la emisora, compartiendo programa y audiencia; un conjunto de casualidades les había hecho coincidir, suponiendo para ellos, el fortalecimiento de una amistad que ya duraba varias décadas. Quizás por eso, supo antes que nadie lo que había sucedido en casa de los Duarte.

Enseguida presentí que algo no iba bien. El móvil se entrecortaba, y la voz de aquel hombre sonaba angustiada y apurada, como si quisiese explicar con palabras, lo que una tremenda angustia le impedía por demás. Entre medias palabras, ruidos e interferencias, logré descifrar que se trataba de una emergencia, y no de una simple llamada de trabajo. Además, llevaba rato intuyendo que las

consecuencias de nuestro encuentro fortuito, no se harían esperar. Por fin comprendí aquel montón de palabras atropelladas y afligidas, que solo podían responder, al reclamo de una tragedia o de una consternación. Soledad había sufrido un accidente en la casa, y la policía estaba en el domicilio familiar con un grupo de sanitarios, que trataban de salvar su vida. La situación era grave. La mujer de Manuel presentaba signos de violencia, y un profundo shock que la tenía sumida en un extraño estado de inconsciencia. Manuel se había puesto en contacto, con los servicios de emergencia y con la policía, pero la situación estaba bastante lejos de poderse solucionar de forma sencilla e inmediata. La vida de Soledad pendía tímidamente de un hilo; yacía malherida sobre el suelo, rodeada de aparatos, cables y máquinas, que trataban desesperadamente de mantener una esperanza de vida. Manuel parecía confuso por lo sucedido; y la imagen de esposo abnegado a las doctrinas de su esposa, se iba esfumando poco a poco. En su lugar quedaban preguntas y dudas veladas, en el caos reinante en la casa de los Duarte. La confusión era total.

El salón estaba revuelto; varios objetos rotos y múltiples signos de violencia alrededor de la mujer, indicaban que Soledad había sufrido un duro enfrentamiento con su agresor. Lo más sorprendente de todo, era la falta de pruebas y evidencias claras, que sostuviesen firmemente, la

posibilidad de un robo o agresión por parte de un completo desconocido, de un agresor anónimo sin cara ni nombre que adjudicar para acusar, o apuntar con el dedo. El hecho de que la puerta no hubiese sido forzada, y que ningún vecino hubiese escuchado gritos de pelea, o voces pidiendo auxilio, indicaban un posible conocimiento del agresor.

Adolfo narró el panorama, con una cierta preocupación por la situación de ambos, pero sobre todo, por la de su amigo Manuel. La policía había sugerido a través de sus preguntas, la posibilidad de un episodio violento dentro del ámbito familiar; y no paraba de preguntar a Manuel por su paradero inmediato al momento de los hechos. Adolfo permanecía a su lado, como un hermano solícito que vela por su familia, sin más interés que el de salvar la dignidad de un apellido, o de mantener hasta el final, limpio y puro, el valor de la sangre. Llamaba la atención ver tanta lealtad en los tiempos que corrían, donde el interés y el dinero, acaparaban los puestos de honor.

Los interrogatorios no habían adquirido todavía, un carácter oficial; se trataba de preguntas previas a las declaraciones formales que se prestarían más adelante, y con mayor rigurosidad, en la comisaría. Los dos parecían medir con una absoluta precisión las palabras y los actos, sin que se correspondiesen

a la historia que circulaba; procurando suavizarla, y darle un toque de inocencia difícil de creer.

No había visto a Manuel desde hacía ya varios días, y dudé de todo. Tampoco me pareció lícito mentir, o inventar falsas historias, en las que yo misma podría resultar perjudicada. No sabía la verdad por boca de Manuel, y hablar con él resultaba imposible.

—Adolfo, me gustaría hacer algo útil en esta historia, pero no estaba conmigo en esos momentos... Quería regresar apresuradamente a casa, para hablar con Soledad. Supongo que Manuel te habló de lo ocurrido, ¿verdad?... Siento por lo que está pasando, pero necesito estar al corriente de los hechos, quisiera ayudarle sin comprometerle aún más.

Adolfo no supo que decirme, puede que como yo, dudara también. Manuel era muy reservado, y casi nadie le conocía en profundidad, ni siquiera sus propios amigos.

A pesar de todo, necesitaba verle, y saber más de la historia. Me ofrecí a encontrarme con Adolfo en persona, para que me explicara todos los detalles que conocía, y la posibilidad de confrontarlos, buscando testigos o pruebas reales, que nos ayudaran a salir del lío de algún modo. La policía por su parte, no dejó que Manuel acompañara a Soledad al hospital; a ella se la llevaron